

Velasquismo, Nueva Izquierda y revolución en el Perú

MARIO MEZA BAZÁN



Las posturas políticas y académicas sobre el impacto del régimen militar reformista conducido por el general Juan Velasco Alvarado (1968-1975) son objeto de una fuerte controversia que podría denominarse «la herencia del velasquismo». No es para menos si consideramos que los militares en el poder terminaron con el régimen oligárquico vigente desde la postguerra con Chile hasta 1968, año del golpe de Estado contra el primer gobierno de Fernando Belaunde Terry. Uno de los aspectos menos estudiados en esta controversia es la relación entre el régimen velasquista y los partidos políticos en el Perú y, particularmente, el impacto que tuvo el régimen y sus reformas sobre los partidos de izquierdas de esa época.

Para situarnos en el contexto de esos años, debemos ubicarnos en el Perú y en el mundo de 1968. La Guerra Fría y las revueltas estudiantiles en París y México; los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy en Estados Unidos; la intensificación de la guerra de Vietnam y la derrota de la guerrilla del Che Guevara en Bolivia un año antes. Todos estos hitos o procesos habían en conjunto sepultado las aspiraciones de una generación por la revolución latinoamericana. En este punto de inflexión, apareció en Perú el golpe del general Velasco contra Belaunde, y la historia dominada por el ideal revolucionario izquierdista parecía entrar a un repliegue ideológico y cultural. Fueron, sin embargo, los propios militares quienes se encargaron de desmentir esta suposición, al asumir que las reformas progresis-

tas y hasta revolucionarias eran una obligación que debía extenderse incluso a otros planos de la vida nacional.

Para comprender el contexto, cabe recordar que si bien las reformas eran consideradas perentorias para una modernización capitalista e industrializadora, también eran parte de un paquete ideológico y político de movimientos intelectuales, sociales y culturales que afirmaban sus convicciones nacionalistas, convencidos de que las causas justas se defendían con las palabras y las armas. Este consenso ideológico y político común es el que acompañará e impactará en su totalidad a las reformas velasquistas en diversas áreas de la sociedad, al mismo tiempo que gestará una de las experiencias políticas más importantes del país en ese contexto: la construcción de la Nueva Izquierda.

El velasquismo y sus reformas: enfoques y miradas

El régimen dictatorial militar de 1968 a 1980 ha sido caracterizado desde tres puntos de vista. Una primera perspectiva consideraba al régimen militar como la continuidad del dominio imperialista por otros medios, basado en la sujeción de economías y estructuras precapitalistas que daban soporte al predominio del capital transnacional, adaptándose a sus exigencias en un contexto de cambios tecnológicos para seguir produciendo plusvalía o utilidades (Quijano 1976; Petras y Rimesneyder 1970).

Revista Argumentos, Edición N° 2, Año 13, 2019. 42-48
Instituto de Estudios Peruanos
 ISSN 2076-7722



Fuente: Colección DESCO - Centro de Documentación e Investigación del Lugar de la Memoria (LUM- CDI)

Por su lado, otra perspectiva, consideraba al régimen militar y a sus reformas como la expresión política de la voluntad de élites ilustradas y cohesionadas institucionalmente en sectores claves de la sociedad para impulsar el orden y la organización de un país atrasado que quería ser una nación moderna. Esta élite ilustrada, católica y armada, bajo un sentido de «profesionalismo» y de poder específicos, la conformaban los militares y su modelo era un Estado corporativista, capaz de reorganizar desde arriba a la sociedad peruana para ponerla a la altura del resto de las naciones modernas (Stepan 1978).

Una tercera perspectiva, que no se opone a las anteriores, considera que el reformismo modernizador de los militares era la expresión acabada de una generación de oficiales e intelectuales, quienes llegaron al poder con ideas relativamente claras de lo que tenían que hacer para construir

una nación. El llamado Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas estaba, bajo este enfoque, dominado por posturas políticas e intelectuales opuestas a la oligarquía que provenían desde hacía dos generaciones previas al golpe. Inducidas por la conciencia de competencia de sus profesiones, basadas en la defensa de la soberanía nacional, la industrialización desarrollista y el respeto a la autoridad, es que se animaron a liquidarla para modernizar al país (Masterson 2001; Kruijt 2008; Martín Sánchez 2002).

Esta última vertiente explica de manera más satisfactoria cómo desde las entrañas de una sociedad como la peruana surgió un régimen militar y revolucionario, dispuesto a cambiar las estructuras sociales más atrasadas y desiguales del continente, a la vez que eliminaba a la oligarquía e impulsaba la modernización con consecuencias insospechadas hasta el día de hoy.¹

1 Otra cosa sería explicar por qué fracasó el proyecto militar reformista y nacionalista de los militares, tema que no es objeto de tratamiento en este texto.

La Nueva Izquierda: origen de una promesa y efecto de un desencanto

La Nueva Izquierda nace en el Perú en el contexto de la Revolución Cubana (1959). Las razones por las cuales surgió se relacionan con aspectos ideológicos internacionales que se ventilaban en los partidos comunistas desde la muerte de Joseph Stalin (1956) y las revelaciones de sus crímenes cometidos en el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en las tres décadas previas. Los partidos comunistas de otros países con peso político internacional no eran ajenos a estos debates, tal como el caso del Partido Comunista (PC) chino, liderado por Mao Tse Tung e instalado en el poder desde 1949. Mao marcó distancias y discrepancias con los sucesores de Stalin. Otras facciones en el poder como el PC albanés de Enver Hoxha o el socialismo yugoeslavo de Josip Broz Tito marcaron el derrotero para probables terceras vías dentro del socialismo realmente existente, así como modelos para el resto del mundo. Los principales temas de discusión entre estos partidos se referían a si el camino de una auténtica revolución debía ser la reformista, propiciada por la URSS y sus nuevos líderes, quienes, además, proclamaban la coexistencia pacífica con las «potencias imperialistas occidentales», o la revolución violenta, inscrita en las tesis del PC chino.

En ese escenario, marcado por las pugnas entre partidos comunistas, emergió la revolución cubana (1959) a pocos kilómetros de los Estados Unidos. Esta aparecía como una experiencia desafiante a las tesis de la imposibilidad de una revolución socialista. Este hecho llamó la atención no solo a los partidos comunistas, sino también a los partidos izquierdistas no comunistas, como el aprista peruano o el socialista chileno, por mencionar dos de los más importantes en Sudamérica. En todos ellos resonaban los ecos del ideal revolucionario que en América Latina tenía antecedentes desde la Revolución Mexicana.

En el Perú, esos impactos se sintieron, además del partido aprista, en el PC peruano y entre intelectuales de diferentes tendencias políticas e ideológicas; el espectro de apoyo era tan amplio que incluían incluso a miembros del diario *El Comercio*. Estos planteamientos eran moneda corriente dentro de

proyectos nacionalistas, industrialistas y modernizadores, los cuales constituían una especie de consenso sobre la base de la necesidad de reformas con tintes revolucionarios como cimiento para la construcción de la nación. De hecho, este consenso será la base del apoyo político, social, cultural e intelectual de las movilizaciones campesinas en las tomas de tierras, de los jóvenes en la construcción de partidos reformistas y revolucionarios, y de las fallidas experiencias guerrilleras de la década de 1960. Las derrotas guerrilleras del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en 1965 produjeron que la versión armada de ese consenso resonara más adelante como un testimonio de fe en el largo proceso por hacer la revolución en el Perú.

La Nueva Izquierda y el velasquismo: una relación difícil y complicada

La maduración ideológica, política y cultural que se gestaba en el país entre los diferentes movimientos sociales estaba persuadida por tres ideas básicas en la construcción de la nación moderna: antiimperialismo, socialismo y revolución. Resulta interesante constatar esta tríada porque no era nueva ni diferente a lo planteado por dos de las figuras más preclaras de la temprana izquierda peruana: Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui. Este último será reivindicado por los diferentes partidos de nueva izquierda como el garante ideológico de procesos considerados auténticamente revolucionarios, dadas las fallidas experiencias guerrilleras de esos años.

Lo distintivo, en todo caso, fue la sincronización entre, por un lado, los ideales revolucionarios reconstituidos de los años 1960 y, por otro, la ebullición de una sociedad emergente como la peruana, a partir de procesos de explosión demográfica, migraciones y urbanización. Esta nueva sociedad buscaba ingresar a los predios de estructuras económicas, sociales e institucionales que eran poco o nada modernas en esos años. Es en ese contexto que la izquierda tradicional, representada por el aprismo y el PC, se hallaba incapacitada para asumir esta representación, dado sus pactos con la oligarquía. Por otro lado, los grupos disidentes dentro de esos partidos

tampoco se hallaban preparados para representar las necesidades de millones de peruanos en la lucha por la representación. En medio de esta estructura ausente de representación eficaz (González 2011), los militares y el velasquismo se levantaron como los únicos capaces para asumir estas tareas. La terminología y el estilo asimilables al consenso común de esa época ciertamente ayudaban. ¿Quién podía cuestionar una revolución antiimperialista, nacionalista y hasta socialista de uniformados cuando los partidos que se llamaban revolucionarios no lo eran, o siéndolos —en el caso de las guerrillas— no podían llegar al poder, dado que esos mismos uniformados se lo impedían por el miedo al comunismo internacional?

El golpe del 3 de octubre de 1968 vino a resolver estos dilemas y frenos políticos y sociales que se oponían a modernizar la nación. Los militares, cohesionados por una ideología del desarrollo nacional y la voluntad personal de Velasco, no desaprovecharon el consenso ideológico y cultural subyacente para legitimar el golpe y, en los años venideros, instauraron las reformas que conducirían a la «segunda independencia» del Perú. De esa manera, los militares lograron atraer a su proyecto a las vertientes y orillas políticas más diversas, ya sean empresarios, industriales, intelectuales, artistas y hasta exguerrilleros convencidos de la urgencia, la sinceridad y la justeza de las reformas.

Por otro lado, los partidos de Nueva Izquierda inmersos en este mismo consenso político y cultural tenían el inconveniente de expresar esos deseos bajo la lógica de una guerra de clases (leninismo, trotskismo, maoísmo y guevarismo). Aunque ello respondía a la organización de sus partidos, servía muy poco para entusiasmar a la inmensa mayoría de una población pobre, refugiada en las ciudades y atrapada en la miseria del campo. Sus concepciones ideológicas sobre la inevitabilidad de una revolución armada, el carácter genuinamente clasista (obrero-campesina) de esa revolución que enarbolaba y los rasgos marcadamente sectarios que adoptaba los llevaba entonces a la clandestinidad y al vanguardismo armado. Estos partidos de nueva izquierda manifestaban, en todo caso, las carencias propias de sociedades desinstitucionalizadas y con escasa participación de quienes

decían representar (obreros y campesinos). En su lugar, existía un protagonismo sobredimensionado de élites juveniles letradas, con inclinaciones autoritarias y caudillistas, que legitimaban un discurso clasista y que animaba el derecho de la violencia revolucionaria de las masas. No contaba tampoco con espacios para reivindicar las demandas de las mujeres y, menos aún, darles puestos de responsabilidad en sus organizaciones.

Estos problemas ideológicos, culturales, generacionales y de género en las organizaciones novoizquierdistas plantearon entonces grandes obstáculos para una conexión eficiente con las demandas de la mayoría de la sociedad. Así se pintaba las dificultades de la representatividad de los partidos de Nueva Izquierda que, por otro lado, fragmentaron más a los viejos partidos de izquierda. Del PCP salieron, por ejemplo, los partidos maoístas Bandera Roja, Patria Roja y Sendero Luminoso. Del partido aprista surgió el APRA Rebelde, reconvertido en MIR, que reprodujo a su vez diversos movimientos que reivindicaban la herencia de 1965. Del pequeño trotskismo nacional, organizado en 1948, resurgieron nuevas facciones con la influencia del trotskismo internacional entre 1970 y 1980.

Estas tres familias partidarias ejercieron influencia en el mundo sindical, académico y en otros partidos de nueva izquierda. La más emblemática de estas organizaciones fue Vanguardia Revolucionaria, semillero de nuevos liderazgos políticos, académicos, sociales e insurreccionales, a la vez que generaba múltiples escisiones y retoños en la década de 1970.

Los militares en el poder tuvieron que lidiar, entonces, con estos pequeños partidos juveniles, dispuestos a ocupar el espacio dejado por los viejos partidos aprista y comunista. Si algo caracterizó a las reformas que los militares habían implementado, fue precisamente la apertura de escenarios que las reformas activaban para la política partidaria. La introducción de nociones modernas sobre participación política, ciudadanía controlada y obediencia ciega a la autoridad, organizada desde la burocracia estatal y del Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS), reconocía el derecho a la sindicalización y a la

autogestión popular, pero favoreció también la inserción de esos jóvenes políticos novoizquierdistas, que competían con los militares y entre ellos mismos para ganar a los sectores populares y clases medias a sus organizaciones. Estos espacios abiertos por la «revolución participatoria» de los militares constituía paradójicamente un escenario complejo y contradictoriamente aprovechable para la oposición política de los partidos de nueva izquierda.

¿Hasta qué punto este experimento social de envergadura, puesto en ejecución por los militares, tuvo éxito en la sociedad peruana? Es difícil decirlo. No obstante, es posible describir algunas de esas experiencias con la presencia de los jóvenes políticos novoizquierdistas.

El MIR y VR: dos experiencias de representación y oposición al velasquismo

Las derrotas militares del MIR produjeron un dilema al interior del movimiento izquierdista: o se militarizaba como un partido revolucionario de cuadros de estilo leninista y maoísta o, en su defecto, se insertaban al movimiento popular más amplio a través de la política de frentes. La oportunidad para concretar cualquiera de ambas posibilidades se dio luego del golpe del 3 de octubre de 1968. Se conformó, entonces, el Frente Antiimperialista Revolucionario, que buscaban apoyar las medidas de un gobierno considerado entre 1969 a 1971 «nacionalista y antiimperialista».

En términos prácticos, esta integración del partido al movimiento obrero sindical y campesino debía operar a partir de la inserción de cuadros militantes a los sindicatos de trabajadores metalúrgicos y automotrices, ensambladoras, vidrieras, papeleras y empresas de propiedad social en la zona industrial del centro y del cono norte de Lima (Puente Piedra y avenida Túpac Amaru). Los profesores y estudiantes de universidades, tales como la Universidad Nacional Mayor San Marcos o la Universidad Nacional Agraria La Molina debían formar círculos de estudios en los sectores urbanos marginales o de pueblos jóvenes. En provincias, la presencia previa del MIR permitió su inserción en la Federación sindical cañera del norte.

Esta relativa inserción social de los cuadros miristas no impidió, sin embargo, su endurecimiento ideológico frente al régimen militar, que los perseguía y reprimía bajo la acusación de que eran comunistas. La verdadera motivación de estos miristas para enfrentarse a las acciones del gobierno resulta paradójica: no discrepaban necesariamente de las reformas, sino en lo relativo a quiénes las llevaban a cabo; tampoco se distinguían por el uso de estrategias de inserción al movimiento popular, lo que les preocupaba era saber quiénes liderarían esa inserción entre las masas. De este modo, organizaciones como el MIR desnudaron las tensiones, facciones y disputas que las embargaban en su interior y que las condujo a la ruptura del movimiento entre 1972 y 1973 en cuatro facciones: MIR IV etapa, Círculo Marxista de Oposición Proletaria, MIR Voz Rebelde y MIR El Militante.

Vanguardia Revolucionaria (VR), por su parte, era una organización que combinaba un mínimo de partido cohesionador de fuerzas sociales (como los partidos comunistas) dispuestos a hacer la revolución. Generación comprometida exclusivamente con los pobres, era excluyente de ellos en la dirección del partido, planteaba que el golpe militar de 1968 era de carácter burgués, reformista y avanzado, pero en el fondo era poco o nada revolucionario. No obstante, consideró que la nacionalización de las empresas y las reformas producidas durante el régimen estaban abriendo un campo de oportunidades para insertarse al movimiento social con campesinos sindicalizados entre los mineros metalúrgicos de CENTROMIN y las federaciones campesinas de la Central de Confederaciones Campesinas del Perú (CCCP), así como entre maestros organizados (SUTEP) y federaciones estudiantiles universitarias.

El crecimiento del «partido» impulsó en 1971 el debate entre Edmundo Murrugarra (Evaristo Yawar), Ricardo Napurí y Ricardo Letts sobre el papel de la organización en la construcción de un movimiento revolucionario, sea como partido de masas o partido de cuadros, impulsor de la autonomía de clase y de la conciencia de sus intereses frente al régimen militar. En ese contexto, las tensiones que dividían al movimiento político

y a sus militantes provocó conflictos entre la elite dirigente dividida en sus concepciones sobre si el partido debía revestir un carácter de grupo vanguardista dispuesto a dirigir a las masas a la revolución, o debían subordinarse a los deseos de esas masas trabajadoras para conseguir derechos parciales. Esta situación, similar a las tensiones que rompieron al MIR, produjo tres momentos de ruptura en VR: 1971, 1974 y 1977.

La ruptura de 1971 grafica mejor las tensiones ideológicas que atravesaban a los partidarios del elitismo y del movimientismo. Napurí representaba mejor a la primera corriente. Temía que la falta de ortodoxia del movimiento derivara hacia el favorecimiento de un populismo de masas. También cuestionaba la postura movimientista de VR ante las reformas de los militares, situación que para él significaba arriesgar, precisamente, la autonomía de clase y el carácter revolucionario del movimiento, dado el carisma Velasco.

Otra facción optó también por actuar en el sentido opuesto a la postura movimientista, representada por Yawar, pero en una orientación más militarista. Era una línea vanguardista radicalizada, que priorizaba la vía armada inmediata, con miras a catalizar el movimiento social revolucionario hacia una salida guerrillera. Tanto la postura vanguardista guerrillera como el vanguardismo de Napurí presuponían una extrema cautela, desconfianza y temor al arrastre que el reformismo velasquista estaba produciendo entre las masas en su momento de mayor euforia reformista.

No fue, sin embargo, hasta 1974 que VR sufrió otra ruptura al calor del régimen velasquista. No estaba motivada por razones puramente ideológicas, sino por la oportunidad que representaba la reforma agraria para la captación de masas en la movilización campesina en Andahuaylas. Esto volvió a plantear el papel del partido frente a la reforma agraria velasquista y el control que quería ejercer sobre un movimiento campesino organizado como era la CCCP y la Federación Provincial Campesina de Andahuaylas (FEPCA, fundada en 1973). También planteaba la competencia para ganar el apoyo del movimiento campesino antes que SINAMOS. Lino Quintanilla, Félix Loayza y Julio

César Mezzich, miembros de SINAMOS y al mismo tiempo de VR, radicalizaron en este contexto la ocupación de tierras entre los más pobres.

El apoyo de la alta dirigencia de VR al movimiento ocupacional rural y la subsiguiente represión gubernamental motivó a Ricardo Letts, alto dirigente de VR y asesor de los sindicatos agrarios, a mediar con los sectores más «progresistas» del régimen (Carlos Delgado y SINAMOS) para evitar el apresamiento de los líderes locales del movimiento (Loayza y Mezzich) y la persecución al sindicato campesino andahuaylino.

VR y la FENCAP terminaron quebrándose por la presión movilizadora campesina que radicalizaba la toma de tierras y la represión gubernamental. Quintanilla y Mezzich, apresados y luego liberados, rompieron con VR y formaron tres años después VR Proletario Comunista con apoyo de militantes y dirigentes locales de Andahuaylas, desencantados por las mediaciones y moderaciones de la dirigencia nacional del partido frente a la radicalización del movimiento ocupacional de tierras.

Balance

El consenso ideológico o común por las reformas y la revolución abrió oportunidades para diversos actores. Por un lado, los militares hicieron las reformas que nadie más podía o estaba dispuesto a hacer. Por su parte, los grupos de Nueva Izquierda trataron de influenciar a los movimientos sociales y laborales organizados por las reformas en una competencia por la hegemonía al interior de dichos movimientos. Esta oportunidad les traía, sin embargo, dificultades a los partidos de Nueva Izquierda, sobre todo porque los militares organizaban y copaban los espacios que ellos mismos habían propiciado para controlar los movimientos sociales. Al mismo tiempo, existía una ambigüedad en la alta dirigencia de los partidos sobre el carácter represivo del régimen velasquista. Esto generaba tensiones y conflictos no solo con el gobierno, que representaba su competencia directa, sino entre ellos mismos, principalmente por saber cuál era la mejor manera de enfrentarse a los militares sin poner en riesgo el consenso político de las reformas.

En suma, las políticas reformistas de los militares generaban desafíos a los partidos de Nueva Izquierda en sus convicciones ideológicas. Los obligaba a redefinir sus prácticas políticas hacia la población y cómo ganarse a esa población favorecida por las reformas velasquistas, al punto de romperse en varias facciones. En esas condiciones, la competencia por la hegemonía de los movimientos sociales entre el gobierno y las facciones de Nueva Izquierda estaba llevándola a reaprender

su papel y su posicionamiento en la política establecida por los militares, profundizando con ello la exigencia para construir representaciones más eficaces. Para estos partidos, competir y reconstruirse políticamente con un régimen que favorecía en buena cuenta el consenso político e ideológico de las reformas, consideradas entonces revolucionarias y que la población aceptaba, era un fuerte estímulo para desafiarlo en el campo de la representación de las aspiraciones revolucionarias.

BIBLIOGRAFÍA

GONZÁLES, O. "La izquierda peruana: una estructura ausente». En Adrianzén, A. (editor) *Apogeo y crisis de la izquierda peruana hablan sus protagonistas*. Lima. IDEA internacional- UARM. 2011.

KRUIJT, D. *La revolución por decreto. El Perú durante el gobierno militar*. Lima. IDL. 2008.

MARTÍN SÁNCHEZ, J. *La revolución peruana. Ideología y práctica política de un gobierno militar, 1968-1975*. Sevilla, CSIC, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Universidad de Sevilla. 2002.

MASTERSON, D. *Fuerza Armada y sociedad en el Perú moderno. Un estudio sobre las relaciones civiles militares. 1930-2000*. Lima. IEPE. 2001.

PETRAS, J. y RIMENSNYDER, N. «Los militares y la modernización del Perú». Vol. 4 (13) pp. 90-122. 1970.

STEPAN, A. *The State and Society*. New Jersey. Princeton University Press. 1978.